

SETH EL INMORTAL

Por Trent Reznor

A pesar de ser el último gran mago en una era donde la ciencia ocultaba cualquier explicación irracional, a pesar de haber viajado por medio mundo en busca de aventura y conocimientos, y sobre todo, a pesar de tener sólo treinta y dos años, Seth Fortuyn le tenía un miedo mortal a la muerte.

Las atrocidades con las que tuvo que lidiar a lo largo de su carrera se contaban por cientos, e incluso algunas se vieron reflejadas en novelas.

Seguramente lo viste en las noticias: él consiguió acabar con Saracazel, el demonio de la palabra, confinándole en un libro de Tolstoi e incendiando la biblioteca Pedro Salinas de Madrid donde éste se hallaba.

Seguramente lo habrás oído en círculos selectos: él consiguió robar el Oppressum Tyrannus y convocar a Iblis, el primer jinn y gran negador del hombre, obteniendo éxito en sus conjuros, sabiduría y dinero infinitos, y un cuarto don que nadie pudo adivinar nunca.

Pero la idea de que un día su cuerpo se derrumbaría en el futuro, la temible intuición de su mortalidad, esa sensación como de ver por el rabillo del ojo de su existencia el constante acecho de la finitud de la vida, amortajaba sus pensamientos constantemente.

Y antes de su último escarceo con la muerte, tuvo un sueño en el que una hermosa mariposa estaba atrapada en un tarro de cristal y era transportada por un niño a su cuarto, pero no podía acordarse de cómo acababa. Despertó y por la tarde dio comienzo su último ritual.

Y trazó varios círculos en el suelo y figuras retorcidas y picudas y asimétricas, y se hizo heridas con antiguas palabras olvidadas por el hombre que nunca aprendió pero que

pertenecían ya a su memoria, y con su propia sangre interrumpió el perfecto trazado de la geometría euclidiana pintada con tiza.

Después tuvo que clavarse un cuchillo en el pecho y arrastrar el filo de un lado a otro hasta casi morir. La sangre salpicó con furia los escasos metros cuadrados donde se había confinado, pero no pareció atreverse a ir más allá.

La Parca, curiosa, se quedó observando el ritual.

- ¿No vienes? Este hechizo es mi cuarto don: no ser inmortal, sino intuir cómo conseguirlo - fanfarroneó Seth con apenas un hálito de vida babeando por entre sus dientes y depositándose en la comisura de sus labios. Le rodeaba una pared invisible que no podría sortear ni la mortalidad de un hombre.

- No podrás escapar - contestó.

Se marchó a tiempo para ver el alma de Seth siendo vomitada fuera de su cuerpo, y sabiendo que no podría llevársela, siguió con su trabajo.

El sueño se volvía más nítido a medida que pasaba el tiempo. Por las paredes del tarro desfilaban personas y otras mariposas muertas, y animales inquietos y extraños paisajes, y con las alas intentaba la mariposa alcanzar todo sin éxito.

- ¿Te gusta lo que ves, mariposa? – Dijo el niño -. Si eres buena, te enseñaré la salida y podrás escapar, porque a mí solo me gusta coger animales para luego liberarlos.

Así que meditó, rechazó la oferta del niño y extendió sus alas hacia la tapa y empujó hasta que ésta hubo cedido.

Seth era inmortal. Su alma volvió a depositarse sobre su cuerpo como si fuera algo completamente normal.

Seth se curó de su fatal herida en el pecho, y todas las demás llagas desaparecieron pasado un breve tiempo.

Seth dejó caer los días, y advirtió que ya no le era necesario comer ni beber ni dormir ni tan siquiera respirar.

Su mayor duda se disipó al abandonar los círculos que le habían dado su poder, y comprobar que la invulnerabilidad seguía. Las palabras de la Muerte parecían huecas desde su recién adquirida posición suprahumana.

El hechizo había funcionado.

La mariposa revoloteó curiosa por el cuarto del niño que la había tenido prisionera, y vio una puerta y supuso que la salida a todo aquello se encontraba más allá, por lo que extendió sus alas y, con toda su fuerza, giró el pomo y siguió su camino.

Durante cientos de años, Seth fue espectador privilegiado del avance y decadencia de la humanidad, hasta tal punto que, por pura defensa, sus rasgos principalmente humanos fueron reemplazados por la objetividad y la paciencia.

Y cuando la humanidad se extinguió, presenció el nacimiento de nuevas especies y culturas.

Y cuando la Tierra fue aniquilada por el Sol, pudo sobrevivir y empezó a vagar por el espacio.

Y la vida del Universo fue apagándose poco a poco a lo largo de eones, y compartió los últimos días de éste con otros seres parecidos a él. Y cuando la entropía bañó la infinitud del espacio, la Muerte llegó para llevarse al Universo, porque hasta ahí alcanzaba su cometido. Sin embargo, dejó a los supervivientes solos, en un espacio vacío e inerte, y aunque aunaron conocimientos buscando una forma de escapar, se quedaron flotando para siempre lejos del descanso.

¿Dónde estoy?, pensaba la mariposa, revoloteando por un largo pasillo. ¿ Cuánto me quedará para salir?, se preguntó, entonces.

Al cruzar otra puerta, se vio en otro pasillo desconocido lleno de más puertas.

¡Puertas! ¡Más y más puertas!

La salida era imposible de encontrar debido a la incapacidad de la mariposa de comprender la estructura misma de la casa. Debió imaginarlo: para ella no habría salida, sólo más puertas por abrir.